

Un llamado a la oración para que prevalezca la paz

Por Geoffrey A. Black

3 de mayo de 2011

El Rvdo. Geoffrey A. Black
Ministro General y Presidente
Iglesia Unida de Cristo

Las noticias de que la milicia estadounidense localizó y mató a Osama bin Laden en su casa en Pakistán, llega cuando la nación se prepara para conmemorar el décimo aniversario de los ataques del 11 de septiembre de 2001 al Centro de Comercio Mundial en la ciudad de Nueva York, el Pentágono en Washington y la caída del vuelo 93 de *United Airlines* sobre el sur de Pensilvania. Estos eventos trágicos dejaron a los ciudadanos estadounidenses, y también a otras personas a través del mundo, en un estado de asombro y dolor, por las insensibles pérdidas humanas que se produjeron como resultado de este asalto internacional, planificado y llevado a efecto por la organización al-Qaida, bajo el liderato de Osama bin Laden.

Desde ese momento había personas en esta nación que sentían un deseo de venganza, que solo podía ser satisfecha al traer ante la justicia a bin Laden, que en la mente de muchos significaba asesinarlo. El día de hoy se ha logrado esa meta. Sin embargo, mientras muchas personas celebran este evento y sienten que ha provisto a la nación una respuesta adecuada a los ataques horribles y brutales contra ciudadanos de los Estados Unidos, hay otras que no ven razón para alegrarse, y sienten, sin embargo, un sentido hondo de desasosiego e inquietud.

Durante los pasados diez años hemos llorado la pérdida de las personas que murieron en los ataques del 11 de septiembre. Además, hemos llorado las miles de personas --musulmanas, cristianas, judías y de otros grupos—que han muerto de forma indiscriminada en numerosos ataques de al-Qaida. Hemos estado muy conscientes del costo de la llamada «guerra contra el terrorismo», en términos de las vidas que se han perdido en Iraq y Afganistán, y en la economía de nuestra nación. Lamentamos que nuestras tropas, en ocasiones, regresan a ambientes inadecuados para atender sus heridas físicas y emocionales. Pocos de nosotros, si algunos, viven sin alguna historia de pérdida relacionada con este conflicto.

No hay gozo en un momento como éste, porque, en primer lugar, nos entendemos como discípulos de Cristo. Jesús nos llamó en sus enseñanzas a la difícil tarea de amar a nuestros enemigos y orar por quienes nos persiguen. Osama bin Laden era enemigo de los Estados Unidos y de otros gobiernos alrededor del mundo. Su muerte a manos de nuestra milicia hace que la vida de un adversario llegara a su fin, pero no nos lleva más cerca a nuestra meta ulterior: La paz justa, la sanidad del espíritu humano, y la reconciliación entre las personas y con Dios. Sabemos que la venganza no nos lleva a la sanidad y la reconciliación. No nos mueve más cerca de la paz.

Nuestro desasosiego e inquietud también surge por la comprensión de que este logro militar, de capturar y matar a Osama bin Laden, puede generar una nueva ronda de violencia de parte de sus seguidores, y puede incentivar a otras personas a unirse a las filas de al-Qaida u organizaciones relacionadas, que comparten ese mismo programa y objetivos de violencia.

Es posible que la muerte de Osama bin Laden fuera inevitable, dado que él estaba involucrado en una campaña de violencia y amenazas en contra de los Estados Unidos, sus aliados y líderes en el mundo musulmán, que a sus ojos eran enemigos del islam. Con todas esas fuerzas en su contra, es concebible que su futuro mortal fuera solo cosa del tiempo, aunque fuera de 10 años. Sin embargo, al paso de esa década, los Estados Unidos y sus aliados han estado involucrados en dos escenarios de guerra en el oeste y el sur de Asia. En ese período, nuestra nación ha alienado a muchas naciones mayoritariamente musulmanas, y esa realidad persiste.

Ahora nosotros tenemos una oportunidad de alcanzar algunas metas internacionales que la Iglesia Unida de Cristo por mucho tiempo ha afirmado: El traer de vuelta las tropas y terminar las operaciones de combate en Afganistán; la esperanza continua de una resolución justa del conflicto entre israelíes y palestinos; y el uso del capital político adquirido para promover una paz con justicia en muchos frentes.

Sobre todo, este es un momento para la reflexión y la oración. La declaración de fe de nuestra Iglesia Unida de Cristo nos recuerda que Dios reconcilia al mundo consigo mismo, y que Dios promete valor en las luchas en favor de la justicia y la

paz. Para la gente de fe que está comprometida en buscar la paz con justicia en nuestra nación y el mundo, lo más apropiado es llegarnos ante Dios en oración.

Vamos a orar para tener ese tipo de valor: Una oración que incluya el escuchar profunda y pacientemente a Dios, para que guíe nuestros pensamientos y caminos hacia una paz justa, la sanidad del corazón humano y la reconciliación. Creo que nuestras oraciones son una respuesta adecuada a la muerte violenta de un enemigo, cuya causa todavía está vigente como un desafío y una amenaza.

El Rvdo. Geoffrey A. Black
Ministro General y Presidente
Miembro del Colegio de Oficiales
Iglesia Unida de Cristo.
700 Prospect Ave.
Cleveland, Ohio 44115
(216) 736 2177